



en vez de como no debían ser y como nunca habrían sido si determinadas circunstancias en las que mejor ya ni pensar no se hubieran interpuesto en un camino que prometió — tan recto, tan imparcial y objetivo como parecía cuando salió adulador y obsequioso a nuestro encuentro; todo sonrisas melifluas e indicaciones que parecían inequívocas y tan claritas — conducirnos de un tirón como quien dice y, sin hacer más paradas que las

imprescindibles para reponer unas fuerzas que (eso también lo prometió) nos faltarían sólo muy raramente y sólo en el caso de que nos apartásemos de él, derechitos a la Felicidad para, luego y desde ahí y cuando los hechos se manifestaran abiertamente irreversibles, poder todo el mundo querer arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias disponibles y perfectamente catalogadas y etiquetadas, de índole menor habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es el que un despertador no funcione.

— Y más considerando... — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y se quitó las gafas con la mano derecha, se presionó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, dedicó una mirada lenta, algo cansina, a la mujer que tenía enfrente —, considerando, mi querida señora, que, en primer lugar y aun pudiendo como viene de decirse querer todos nada obligaba de manera inexcusable a que todos quisieran y, en segundo, que nada obligaba a la encausada a saltar de la cama a las... — volvió a colocarse las gafas y barajó los papeles en busca de...

— Las 5:35 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — El presidente constató con un cierto regocijo que había encontrado el renglón que buscaba un par de décimas de segundo antes de que la voz se elevara —; las 5:35 de la madrugada y a nuestra

encausada, aquí presente, no había nada que la forzase a levantarse de la cama ¿Dónde está, pues, el drama?

Y se quitó las gafas.

— ¡Cielo santo, mi clienta no lo sabe! — protestó con viveza un caballero de cabello canoso que ejercía los días lluviosos como abogado — Al drama, señoría, se le había perdido la pista la noche anterior, más exactamente cuando la tarde caía no propiamente sobre la ciudad pero sí sobre un pequeño concejo aledaño a los jardines colindantes al palacio episcopal...

— Y como se daba la circunstancia de que por añadidura no era de ella ni de su incumbencia — el presidente se caló nuevamente las gafas, esta vez con el gesto expeditivo del que no está en absoluto dispuesto a que se le lleve la contraria — entendió que no tenía sentido alguno incorporarse al equipo de búsqueda.

— Así es, señoría — respondió el caballero de cabello canoso que, a la vista de que las nubes amenazaban con dispersarse y de que algunos transeúntes cerraban sus paraguas, comenzaba a sentirse incómodo, como de prestado en su función y a preguntarse si su tono (dadas las circunstancias aun considerando que en primavera el tiempo suele ser muy loco) no debería ser algo menos vindicativo; agregó, por tanto, con prudencia —; eso entendió si bien, justo es reconocerlo, admite que su capacidad de comprensión podía andar algo mermada a causa de que, bueno, ella no oye muy bien y los vecinos estaban haciendo mucho ruido.

— “Mucho” es un tanto ambiguo — el presidente se quitó las gafas — ¿Podría nuestro señor letrado ser más preciso?

— Pues la verdad es que — el caballero se mostró dubitativo — es difícil concretar porque la cantidad, quiero decir intensidad, dependía a su vez y en cada momento de cuánta estuviera siendo la intensidad de la actividad que se estuviera llevando a cab...

— Ya, ya — el presidente jugueteó con sus gafas cruzando y descruzando las patillas unas cuatro o tal vez cinco veces, luego las mantuvo

en alto sujetándolas con su mano derecha y las miró al trasluz para, acto seguido (y habiéndose percatado de que estaban algo empañadas, limpiarlas con parsimonia y un pañuelo que sin pararse en detalles que prolongarían la sesión sin necesidad ni apremio alguno podía denominarse blanco) y con gesto satisfecho, volver a ponérselas y añadir doblando el pañuelo —; con esa eventualidad, señor letrado, esta sala ya cuenta. Ahora quisiéramos que nos pusiera al corriente de cuál, con el fin y al objeto de no dispersarnos más de lo conveniente, estaba siendo la actividad cuya consecuente intensidad se estaba interponiendo entre nuestra encausada y sus dotes de comprensión algo mermadas por causa de... ¿qué habíamos dicho?

— Sordera — repuso [una mujer corpulenta](#) de la segunda fila —; y discúlpeleme el ser tan concisa y no expresarlo de un modo más delicado como “deficiencia auditiva”. Pero es que ando si se me permite la expresión un poco volada porque he dejado la lavadora puesta, y si nos detenemos en minucias terminará de centrifugar; y si no saco la ropa de inmediato se arrugará muchísimo. Así que, con todo el dolor de mi corazón y lamentándolo profundamente, me veo en la necesidad de intervenir, por ir abreviando, y precisar que si la capacidad de comprensión de la encausada no era la suficiente para permitirle entender que la intensidad de la actividad que daba lugar al ruido llevaba implícita la obligatoriedad de que este fuera mucho es que, la encausada, y con perdón, es una perfecta ignorante.

— Se admite “sordera” si el término no resulta ofensivo a la encausada y renuncia, por tanto, a presentar en sociedad, civil y de largo, la correspondiente protesta — declaró el presidente —; si por el contrario sí la ofende optando en consecuencia por proceder a la mencionada presentación, esta presidencia no declinará la responsabilidad que le compete y dictará, como no puede ser de otra manera, la oportuna serie numerada de órdenes encaminadas a, al objeto de que los fastos no queden deslucidos, desalojar la sala; pero — prosiguió, sin pausa entre “sala” y pero”; pero marcando, en este punto sí, una que so pretexto de poner en orden los papeles aprovechó para (con disimulo) no quitarse las gafas —

sería de agradecer, y me encuentro en condiciones de afirmar que desde la autoridad que me confiere mi cargo agradecería, que cuando las señoras, corpulentas o no, de la segunda fila o de cualquier otra, tengan la lavadora puesta o no y aun a riesgo de que esta se ponga a centrifugar o no en el caso improbable, pero que puede darse, de que por cualquier tipo de fallo la máquina se atasque, tomen la palabra llevadas por un muy encomiable voluntad de abreviar lo hagan, tal y como ésta corpulenta sí y de la segunda fila también lo viene de indicar y de no hacer, con brevedad.

No según las apariencias por tanto y una vez que los papeles del presidente estuvieron en orden y sí, empero, por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico “como lo es (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione” sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cremades que pegarse un madrugón de padre y muy señor de la tía soltera de la del tercero; fallecido, se comprendía, ni de muerte natural ni por su propio pie o voluntad igualmente propia por mucho que el señor Cremades se comportara como si tal cosa y saliera, con los suyos por delante y por causa tan jocosa como el haber pisado una corteza de plátano y en consecuencia resbalar, por la puerta de atrás congratulándose de que dentro de lo malo no lo hubiese visto nadie.

Como debían ser y como siempre²⁴

5

Y es que — todo el vecindario lo sabía — el despertador personal de la señorita Susi era muy caprichoso.

